

sencillos y familiares que se expresan por refranes, proverbios ó dichos. Mas, á pesar de ello, de esta comunicación resulta una ventilación saludable; las gentes son menos extrañas unas á otras, y se forma un conjunto de costumbres del que se ha impregnado visiblemente la psicología del labriego de Francia.

Al través de la multitud de corrientes locales se han abierto paso algunas corrientes generales, porque también la vida general ha encontrado facilidades en la estructura del territorio y se ha labrado caminos á favor de los umbrales que separan las cordilleras y de las depresiones que se extienden á lo largo de las zonas de plegamiento. El valle del Ródano, al borde exterior de los Alpes, y el paso del alto Langüedoc en la cara septentrional de los Pirineos corresponden á esta segunda categoría; á la primera pertenecen los umbrales que entre los Vosgos y el Morvan (Borgoña) y entre el Limousin y la Armórica (Poitou) separan las antiguas cordilleras.

Estos umbrales, por muy notables que sean en la economía general del territorio, no son en realidad sino las partes rebajadas de pliegues subterráneos que aquí enlazan los granitos de los Vosgos con los del Morvan y allí los de la Cordillera central con los de la Gatine vandeana. Los depósitos sedimentarios que los cubren disimulan esta conexión, que sólo denuncian algunas apariciones aisladas en la superficie del fondo de los valles; de modo que habría bastado que la erosión, que en tantos otros sitios ha desembarazado los terrenos primitivos de su capa sedimentaria, avanzara un poco más en su obra para que el enlace granítico que existe subterráneamente se prosiguiera á cielo abierto. ¿Qué habría resultado de ello para las comunicaciones, privadas entonces de la facilidad que dan á la circulación los depósitos calizos? Indudablemente las relaciones entre los hombres habrían sido menos cómodas y tal vez las vías del comercio habrían tomado otras direcciones y con seguridad habrían acentuado más las separaciones entre el Norte y el Sur. Pero no fué así, y véase cómo una circunstancia que puede calificarse de secundaria desde el punto de vista de la evolución geológica, llegó á ser capital bajo el concepto de la geografía humana.

Una consideración nos veda avanzar por este terreno: las relaciones de que hemos hablado suponen un cierto grado de vida general en una región, y aún no hemos examinado cómo una vida general nace y se despierta. Esta es la cuestión de que ahora habremos de tratar.

CAPÍTULO II

LAS INFLUENCIAS EXTERIORES

El Mediterráneo

No hay, en punto á geografía política, cuestión más importante que la de investigar cómo, cuándo y por qué caminos una vida general consigue introducirse á través de la diversidad de los países locales. Ninguna etapa es más decisiva ni establece más diferencias entre los territorios: de éstos, algunos no logran salvarla y permanecen fraccionados en el estado de pequeños grupos unidos por un lazo muy flojo y á veces hasta casi aislados. Tucídides hacía observar que en su tiempo la

mitad de Grecia, en las montañas y en el Oeste, no había salido de este estado social rudimentario, y no nos costaría gran trabajo citar aun en nuestros días ejemplos análogos en los mismos bordes del Mediterráneo: la Albania y el Rif marroquí nos ofrecen sendos tipos, poco menos que intactos, de sociedades primitivas. La tribu, el clan, la comarca, la aldea son, según los lugares, los escenarios de esa vida. ¿Acaso el África central no nos ha revelado recientemente, en extensiones enormes, un estado de dispersión política al través del cual y sólo en nuestros días vemos filtrarse con el europeo ó con el árabe los primeros hilos de relaciones generales?

Tal es, en efecto, la marcha natural. El choque viene de fuera; ningún país civilizado es el artesano exclusivo de su propia civilización, ó por lo menos únicamente puede engendrar una civilización limitada, como un reloj que después de algún tiempo de andar se para; y si ha de elevarse á un grado superior de desarrollo, es preciso que su vida esté en comunicación con la de un territorio más vasto que la enriquezca con su substancia y deposite en ella nuevos fermentos.

Estas fuentes de vida no han faltado á la Francia, la cual las ha recibido de distintos lados. Probemos de ver cuáles han sido sus relaciones con el Mediterráneo primero, después con la península ibérica y finalmente con la Europa central.

Por el Mediterráneo está Francia en relación con la porción de la tierra en donde se constituyeron las primeras grandes sociedades, á saber: las llanuras aluviales de la Mesopotamia y del Nilo, las regiones descubiertas, enriquecidas con restos volcánicos que se extienden al pie del Tauro de Armenia ó del Asia Menor, y en general, por último, con el Asia occidental. La geografía botánica, que estudia el origen de las plantas cultivadas y las sigue en sus emigraciones, ha logrado, merced á sus investigaciones, arrojar alguna luz sobre la antigua historia humana, comprobando que en ninguna parte, exceptuando tal vez la China, ha encontrado el hombre medios de subsistencia más variados que en los países que acabamos de mencionar. De aquella parte del continente proceden más de la mitad de los cereales y granos alimenticios conocidos; allí aparece constituido, desde una antigüedad difícil de calcular porque es anterior á los grandes imperios que la historia nos da á conocer, un sistema de agricultura fundado en el arado, en el cual tiene el buey su empleo como animal de tiro.

Entre los cereales venidos de Asia, unos, como el centeno y la avena, fueron durante mucho tiempo extraños en las comarcas del Mediterráneo, adonde, al parecer, no llegaron sino después de haber pasado por la Europa central, al paso que otros aparecen desde muy pronto en ellas.

La cebada primero y el trigo después constituyeron la base fundamental de la alimentación de los pueblos ribereños de aquel mar, y entre las plantas textiles figura en primer término el lino con el cual tejen las telas. A este sistema de vida se agregaron, según las localidades, otras variedades de explotación del suelo, inspiradas por las condiciones del relieve y del clima: la ganadería con trashumancia periódica, en las regiones montañosas que se levantan á lo largo del Mediterráneo; los cultivos de árboles y de arbustos en los bancales abundantes en

fuentes y en las llanuras en donde sólo las plantas de largas y profundas raíces pueden llegar hasta el agua que en aquéllas se filtra. Toda una legión de árboles frutales, traídos por emigraciones humanas, vino á guarnecer con la viña los bordes del Mediterráneo y á proporcionar al país de Canaán, á la Apulia y á Sicilia esa fama legendaria de la que todavía no se hallan libres nuestros espíritus. Este arte de las plantaciones, que los griegos distinguían con el nombre de *pothebay*, es, como indica muy acertadamente Tucídides, un arte delicado que ha nacido ulteriormente, que ha progresado como un lujo de civilización avanzada y que acaba de caracterizar, con el uso del aceite y del vino, combinado con el del trigo y del pan, un sistema de vida que se ha formado y propagado en la zona que comprende el Asia occidental y las riberas orientales del Mediterráneo. A pesar de todas las adquisiciones con que se ha enriquecido el patrimonio del mundo mediterráneo merced á empréstitos hechos á la India, al Sudán y á América, la existencia humana, en su carácter de modo de cultivo y de alimentación, permanece en él constituida sobre las mismas bases, fija y en lo sucesivo casi invariable, como todas las cosas que se remontan muy alto en el pasado.

Compréndese fácilmente la influencia que á su alrededor ha ejercido este tipo de civilización material, enriquecido poco á poco con los prestigios de la industria y del arte y ayudado por corredores como los fenicios y los griegos. El Mediterráneo fué uno de los lazos de unión, el principal ciertamente, que á él nos aproximó.

Parecerá tal vez que no debe considerarse como muy importante el papel en nuestros destinos representado por el Mediterráneo, puesto que Francia no es una península ni una isla y tiene sobre este mar menos fachada que España, 600 kilómetros de litoral á lo sumo, y aun su costa, entre el Ródano y los Pirineos, está mal abrigada y expuesta á los embates del mistral.

Pero ese litoral tiene una importancia única, gracias á su posición entre los Pirineos y los Alpes: aquéllos van descendiendo á medida que á él se aproximan y abren en la garganta del Pertus y en la costa tales salidas, que para encontrar otras semejantes sería preciso ir al otro extremo de la cordillera; por ellas han avanzado libremente las plantas, contándose más de cincuenta especies vegetales de origen ibérico que las han franqueado y que no desaparecen hasta cerca de Montpellier. También fueron aquellas salidas un paso para los hombres: la circulación, lanzada hacia la costa, continúa estrechándola porque en ella encuentra la comunicación más directa con Italia, y desde Cataluña al Piamonte existe un lazo de unión que ha dejado sentir su influencia sobre la civilización provenzal y sin el cual lo que ha recibido esta denominación resultaría ininteligible.

Los Alpes, á su vez, completan en ese litoral el gran semicírculo cóncavo que oponen al Mediterráneo. Este mar tiene pocas aberturas hacia el interior, pues casi por todas partes hállase bloqueado por montañas; pero hay en los dos extremos de la cordillera de los Alpes dos lagunas importantes de la barrera que cierra la Europa central, siendo posible dar la vuelta á esta cordillera desde el Adriático hasta el Danubio, como desde el golfo de Lyon al Rin. En estas direcciones avanzaron vías comerciales antiquísimas, de las cuales tiene noti-

cia Herodoto (1) y que, á pesar de los mitos en que aparecen envueltas, dejan penetrar alguna claridad en las tinieblas de la Europa primitiva.

Finalmente el Ródano, continuado por el Saona, abre en línea recta una vía fluvial de más de 700 kilómetros que se dirige al Norte y aunque el valle del Ródano se compone en realidad de una serie de cuencas, es sensible la atenuación que aquí experimenta el obstáculo que se alza delante del Mediterráneo. Por este boquete de Sur á Norte ofrécese á los cambios de la naturaleza y de los hombres un camino más libre; esta avenida conduce á otras: el Loira, en Roanne, sólo dista del Ródano 70 kilómetros; por las rampas calizas de Borgoña se llega cómodamente al Sena, y por el valle del Doubs se va á una de las encrucijadas de Europa. De esta manera, varias vías naturales que arrancan del litoral mediterráneo atraviesan la Galia en dirección á España, á las Islas Británicas y á la Europa central.

Pero era menester que un interés considerable y permanente llamara al comercio hacia estos caminos que se abrían; sólo el aliciente de uno de esos minerales cuyo uso es indispensable para una sociedad civilizada podía atraer á nuestro país á los mercaderes y á los viajeros del Mediterráneo oriental y establecer entre regiones tan apartadas como los dos extremos de la Galia relaciones continuadas con regularidad bastante para ejercer una acción geográfica fecunda sobre este territorio.

El comercio del estaño desempeñó este papel. Este metal, por razones bien conocidas, era de los más solicitados por el comercio antiguo, pero también uno de los más raros (2); y entre las comarcas privilegiadas en donde se le encuentra figuran las masas de rocas arqueanas que en Galicia, en nuestra Bretaña y en la Cornuailles inglesa se proyectan formando eminencia sobre el Océano. Las minas de estaño de la Cornuailles inglesa (antiguas Cassitérides) conservaban todavía hace muy poco tiempo el primer puesto en la producción del globo; las de Galicia (antiguo país de los artabros), aunque menos ricas, continuaban en explotación, y nuestra Bretaña ya no produce estaño, pero es indudable que contribuyó á proveer de este metal al viejo mundo.

La cuenca del Vilaine es una región eminentemente estañífera, en la que el mineral asoma cerca del promontorio de Piriac, entre la desembocadura del Loira y la del Vilaine. Sábese actualmente que la explotación no se limitó á los aluviones y al mineral de la costa, puesto que muy al interior, cerca de Ploermel y en las inmediaciones de Nozay, se han encontrado importantes huellas de trabajo que no dejan ninguna duda respecto de la extensión de esta antigua metalurgia del estaño. La existencia de un pueblo de antigua fama, los vénetos, en las inmediaciones de estos yacimientos no se debe probablemente á una coincidencia fortuita: nada más natural que la formación de una potencia marítima y comercial cerca de los yacimientos de un mineral precioso y en una costa recortada, orlada de islas y propicia á los comienzos de la navegación, como la que se extiende entre Quiberón y Le Croisic. El nombre del pueblo véneto no esperó para ser conocido

(1) Herodoto, III, 115.

(2) Véase libro I, capítulo I, *Los orígenes, la Galia independiente y la Galia romana*, por M. G. Bloch, pág. 6 del presente tomo.

á que le hiciera célebre el conflicto con César, sino que, por el contrario, figura en testimonios de mucho más remota procedencia (1) como habitante en el extremo de la Céltica; era uno de los pueblos que podían disputar á los artabros y á los bretones insulares el título de «últimos hombres» hacia los confines occidentales de la tierra habitada y sus relaciones se extendían hasta Irlanda, pudiendo considerarse la marina véneta como la hermana mayor de las marinas célticas que exploraron el Norte del Atlántico antes que los escandinavos.

Por consiguiente, los navegantes del Mediterráneo ó de Gadés (la actual Cádiz) no se lanzaron á ciegas, en medio de lo desconocido, hacia las apartadas Cassitérides, sino que las regiones en donde era conocida y se practicaba la metalurgia les facilitaron etapas. Cuando el viajero marsellés Pytheas fué á visitar, en el siglo IV antes de nuestra era, la isla de Bretaña, su ruta, comenzada en Gadés, en el Sur de España, siguió indudablemente las vías frecuentadas por los marinos de esta ciudad, y su itinerario estuvo evidentemente ligado con las relaciones que desde entonces unían los principales focos del comercio oceánico. De aquí que nuestras costas armoricanas figuren entre las que describió detalladamente aquel viajero, quien pinta en el extremo de la Céltica una vasta protuberancia recortada por promontorios é islas, en donde están el cabo *Cabeon*, el pueblo de los *ostimios* y la isla de *Uxisama* (2). Gracias á las informaciones comerciales, la península armoricana es una de las primeras regiones de las cuales se marcan algunos detalles en el *Far-West* europeo, y lo que se comienza á señalar son los rasgos propios para impresionar á comerciantes y marinos, todo lo que sirve de hito á la navegación, como son los cabos, los promontorios, las islas. El territorio se aclara por las extremidades. En el Mediterráneo, una aureola legendaria flota sobre esos cabos en donde se alzan santuarios de Melkhart-Hércules, de Astarté-Venus, y en el Océano sobre esas apartadas islas, como la pobre isleta de Sein, cuyas costumbres y extraños trajes se describen.

Pero el estaño de las Cassitérides viajó también por la Galia. Los marselleses organizaron en competencia con la vía marítima una vía terrestre que, en nuestro concepto, difícilmente puede ser considerada como anterior al siglo V de la era cristiana. Posidonio, un siglo antes de Jesucristo, dice que el estaño británico era enviado á Marsella (3), y Diodoro describe el sistema de transporte en caballerías que en treinta días lo llevaba desde el Paso de Calais hasta la desembocadura del Ródano (4).

De este modo se introdujeron en Galia, ya indirectamente dando la vuelta por el Océano, ya directamente por las vías interiores, numerosos fermentos de vida general. Entonces se fijan nexos de relaciones y se establecen puntos de concentración, y estos puntos de concentración y estos nexos son, en el desenvolvimiento geográfico del ser que estudiamos, algo parecido á esas

(1) Poema anónimo atribuido á Scymnus de Chio (*Geographi graeci minores*, edición Didot, 1855-1861, tomo I, pág. 202).

(2) Estrabón, I, IV, 5. Uxisama, es decir, *Ouessant*, cuyo nombre, por una anomalía sólo aparente, resulta ser uno de los más antiguamente mencionados de nuestro vocabulario geográfico.

(3) Posidonio, en Estrabón, III, II, 9.

(4) Diodoro de Sicilia, V, 21, 22.

«partes constituyentes,» á esos «puntos de osificación» en los cuales nos muestran los naturalistas el comienzo del ser humano. En el desarrollo geográfico de un país se realiza un gran avance cuando los ríos, en vez de ser buscados simplemente como sitios de pesca ó fosos de defensa, se convierten en vías de comunicación y crean mercados en las confluencias ó en las desembocaduras y establecimientos en las etapas en donde los bateleros han de cambiar de medios de transporte. De este modo preludian la vida urbana antes de la dominación romana, pero sobre todo después de ella, *Vienne, Lyon, Chalón-sur-Saone, Roanne, Decize, Nevers, Gien, Orléans, Troyes, Melún, París*, etc., y por tal medio se introduce al través de las costumbres de vida local el movimiento mantenido por una población cuya existencia está consagrada al tráfico y al transporte. Los primeros datos históricos sobre la Galia nos presentan hábitos de circulación activa por los caminos terrestres más bien que por los ríos: sin duda en las mesetas calizas ó de sílice que ocupan, especialmente en el Norte, una gran extensión, ofreciéndose espontáneamente los materiales para el empedramiento y la naturaleza abría casi por sí sola las carreteras; pero lo que prueba que éstas servían ya para establecer relaciones lejanas es la misma curiosidad que atrae á ellas á las poblaciones, las cuales acudían allí para saber noticias (5).

Había ya en esos pueblos algo que los griegos del siglo V antes de Jesucristo traducían por la palabra *fil-helena* (6), que significaba gentes hospitalarias para los extranjeros, aptas para apreciar las ventajas y para conformarse con las costumbres del comercio. En el mismo sentido eran reputados «pacíficos» los habitantes de los distritos metalúrgicos de Cornuailles, se habló más adelante de la «dulzura» de los seros, y aun posteriormente ensalzó Eginhardo el espíritu de bondad de los pobladores de la costa del ámbar.

La Galia no fué el único país mediador entre el Mediterráneo y los mares del Norte: en el alto Danubio, alrededor de Hallstatt, la sal y el hierro motivaron la apertura de vías mercantiles; por la llanura danubiana y por la Moravia se extendía el camino por donde el ámbar del Báltico llegó á Italia; la Dacia fué explotada á causa de sus minas de oro, y la Rusia meridional abrió sus ríos á las colonias griegas del mar Negro. Cada uno de estos territorios sirvió á modo de intermediario con los del Báltico y del mar del Norte, los cuales, aislados por una faja de pantanos y de bosques de los que sólo con horror hablaban los pueblos del Mediodía, sacaron de sí mismos una civilización original que hasta muy tarde, cinco siglos apenas antes de nuestra era, no empezó á ponerse en contacto directo y en relaciones frecuentes con el Mediterráneo. Pero mucho antes la civilización del Sur se había abierto paso en los países intermediarios: aquel gran foco había proyectado á su alrededor una aureola de semicultura que abarcaba las comarcas del Danubio, del Rhin y de la Galia. De ella se aprovechó, más que ninguna otra, esta última, la cual, hacia el año 500 ó 600 antes de Jesucristo, tenía bastantes necesidades generales para que la civilización de las riberas del Mediterráneo fuese para

(5) César, *De bello gallico*, IV, 5.

(6) Eforo, *Fragmenta historicorum graecorum*, edición Didot, 1853-1870, fragmento 43, pág. 245.

ella como una mesa ricamente servida. El tránsito de la civilización del tipo de Hallstatt, que hacia el año 400 antes de nuestra era cede su puesto al período llamado de la Tene, expresa una aceleración de progreso que es muy justo relacionar con el aumento de relaciones con el Mediterráneo (1).

Al poner en contacto el Oriente mediterráneo con el Oeste de Europa, el mar realiza la misión que parece corresponderle, lo mismo en la esfera de la civilización que en el mundo físico, á saber, la de amortiguar los contrastes y cubrir las desigualdades.

De los mares que bañan nuestro país, el Mediterráneo es el único cuya influencia se deja sentir poderosamente sobre nuestros orígenes; lo que sobre todo nos ha comunicado es que la barca del comerciante lleva consigo el lujo en el sentido de lo superfluo necesario á la civilización, el nacimiento y la satisfacción de nuevas necesidades. Este mar fué un iniciador y por esto su nombre despierta en nosotros el encanto que va unido á los recuerdos de la infancia.

Lo que para nuestro país había sido el Mediterráneo en los comienzos remotos, continuó siéndolo durante mucho tiempo; en efecto, durante mucho tiempo siguió emanando del Mediterráneo todo lo que ofrecía un grado de vida superior, todo lo que despertaba una idea de refinamiento intelectual y material. Hasta la época asombrosamente tardía en que Europa conoció otras regiones tropicales que las que tienen acceso por el Mediterráneo, este mar fué la única vía por donde podían llegar ciertos productos que la civilización había hecho necesarios. Hace cincuenta años, la feria de Beaucaille era aún en el Mediodía objeto de refranes que recordaban aquel pasado.

En el entretanto los papeles se habían trocado, casi invertido, entre el Oriente y el Occidente; pero sobre el Oriente decaído, pulverizado, reducido á migajas de pueblos y sectas después de las invasiones árabes, refluó la fuerza compacta del reino de Francia, cuyo papel tuvo tanta importancia que para las poblaciones sirias escapadas al islamismo su nombre sintetizó la idea del Occidente cristiano, idea asociada á la de protección y patronato, alcanzando un prestigio cuyos restos tienen todavía bastante vida para arrancar á veces una confesión á nuestros rivales.

CAPÍTULO III

LAS INFLUENCIAS EXTERIORES (CONTINUACIÓN)

El continente

La Francia, á pesar de su posición sobre los dos mares, está ampliamente adherida al tronco continental; se incorpora al continente como una estatua, sólo parcialmente labrada, al bloque de donde la hace surgir el escultor, y forma parte integrante del mismo. Considérese, en efecto, que con nuestras tierras armoricanas termina la faja continental más larga del globo, pues des-

(1) La civilización de la Galia independiente está expuesta por M. Bloch en el libro II, capítulo I, pág. 18, del presente tomo. Respecto de la civilización de Hallstatt y de la Tene, véase libro I, capítulos I y II, págs. 1 á 17.

de nuestras costas hasta las del Asia oriental, los territorios se desarrollan, sin solución de continuidad, en una extensión de 140 grados de meridiano, ensanchándose cada vez más hacia el Este; por consiguiente, la comarca que termina en el Océano, entre los grados 46 y 51 de latitud, es decir, desde la Rochela á Calais, tiene un *hinterland* enorme que, no estando, en parte por lo menos, separada de ella por altas montañas, deja sentir todo el peso de su influencia. Allí se ejerce en toda su plenitud la presión de las influencias continentales, que en cambio se atenúa más ó menos en Italia, en España, en la Gran Bretaña, en las islas y penínsulas que irradian alrededor de la misma.

Los naturalistas analizan las diferencias que presenta la marcha de la vida vegetal y animal, según que se produzca en las islas ó en los continentes, y nos indican que el número de especies va disminuyendo en las islas en proporción á la distancia que de los continentes las separa, de modo que á la gran complejidad que caracteriza en éstos el cuadro de la vida sucede en aquéllas una relativa simplicidad. Y como los elementos que componen el mundo viviente en las islas es menos numeroso, de aquí que sean diferentes las condiciones de la lucha por la existencia; y así sucede que ciertas especies que por su debilidad se verían condenadas en el continente á una destrucción rápida logren conservarse en las islas mucho tiempo, y que su número, relativamente considerable, imprima un sello de autonomía á las flores y á las faunas insulares. Bien es verdad que este estado de equilibrio se rompe muy pronto si las circunstancias introducen especies más vigorosas é invasoras, ya que contra estos nuevos campeones que entran en liza nada pueden las especies que en su aislamiento habían tenido su mayor garantía, viéndose entonces transformaciones tanto más bruscas y radicales cuanto más completo había sido el aislamiento. La llegada de los europeos á las Mascareñas, en la Nueva Zelandia, fué la señal de revoluciones de este género.

Estas mismas nociones pueden aplicarse á los hechos de la geografía humana. Las islas, y hasta cierto punto también las penínsulas, se nutren en un fondo étnico menos rico que los continentes y ofrecen el espectáculo de desenvolvimientos autónomos, interrumpidos de cuando en cuando por revoluciones radicales, siendo esto consecuencia del espacio limitado y relativamente estrecho que ha correspondido á las sociedades allí formadas. El marco dentro del cual están encerradas las impulsas constantemente hacia la autonomía, á la que tienden como á su estado natural y que, realizada allí más fácilmente que en otras partes, se extiende á las costumbres, al carácter y á veces hasta á la historia. El ejemplo de Inglaterra y de España demuestra cómo porciones separadas por completo ó á medias del continente, y por ende más libres para consagrarse enteramente á una tarea única, pueden llevar en su historia el carácter de especialismo que en ellas distingue á la naturaleza viviente. Pero tampoco en ninguna otra parte se han observado cambios más radicales. ¿Acaso no se han producido en islas, y sólo en ellas podían producirse, rupturas tales como la substitución de una Inglaterra sajona á una Bretaña céltica, la de una España cristiana á una España mora, la de un Japón moderno á un Japón feudal, y quizás, en otro tiempo, la de una